

Tembló de impotencia. Miró a nuestras familias y susurró:
"No quiero sacrificarlos, si son por los que he peleado".

Entonces le gritó al federal que se entregaría con la condición de que no se regara sangre inocente. El federal dio su palabra.

Se nos hizo nudo la garganta cuando abrió la puerta. "No me olviden", dijo, y se marchó.

Prontito dos soldados lo agarraron y se lo llevaron arrastrando hasta donde estaba el jefe. Este, sin ningún miramiento, le deserrajó un plomazo entre los ojos.

Enseguida dio la orden de arrasar el pueblo.

"¡Que nadie quede vivo!", gritaba. Parecía salirle fuego de los ojos.

La balacera fue tremenda. La sangre de nuestros pequeños, de nuestras mujeres, de nosotros mismos, se reventó en las paredes.

Era sábado de gloria. Nunca vimos el domingo.

El Hombre en la Plaza

Cuando Darián presintió a la muerte se fue a la plaza. Pasó por entre los vendedores de objetos multiformes y se escondió detrás de los globeros.

Dos veces le había resultado. La primera, veinte años atrás. La segunda hacía diez.

Planeaba vivir otros dos lustros para casar a sus nietos.

La primera vez la muerte no pudo distinguirlo en su escondrijo de colores. La segunda, ni se acercó.

Pero hoy estaba de malas. Cerca del mediodía, unos nubarrones que se habían levantado por el oriente, alcanzaron al sol y lo absorbieron. Pero no pudieron con aquella fuerza y empezaron a caer por tierra en forma de chubascos.

A poco los globeros se alejaron y la plaza quedó vacía.

Darián se había refugiado al pie de un árbol y no se atrevía a moverse. Temía que al hacerlo la muerte lo descubriría y adiós lustros. Además, desde allí dominaba los alrededores y eso lo tranquilizaba.

Cuando la tormenta arreció, el árbol empezó a inclinarse hasta que se desgajó.

Mejor, pensó Darián, quien de inmediato se metió entre las ramas. Allí se estuvo toda la tarde.

Cuando cesó la lluvia ya era de noche.

Decidió salir de su escondite e irse a casa. Estaba empapado y posiblemente resfriado.

Algunos curiosos se acercaron a ver el árbol derribado y comenzaron a mover las ramas.

Darián, temeroso de que entre ellos estuviera la parca, se escurrió sin ser visto.

Pasó junto a las parejas que venían a mirar y se encaminó a su casa. Llegaré a tiempo para cenar, pensó.

Pero al divisar la casa, lo sobresaltó ver a una multitud revolviéndose frente a ella. ¿Celebramos algo? Se dijo. ¡Dios mío, que no haya sucedido una desgracia!

Apretó el paso y llegó interrogando a los allí reunidos. Pero nadie respondió.

Entonces por la ventana resonaron los lamentos desgarrados de su esposa: ¡Tan bueno qu'era, comadre, tan bueno, y qu'én m'iba decir que me lo mataría un rayo en la plaza!

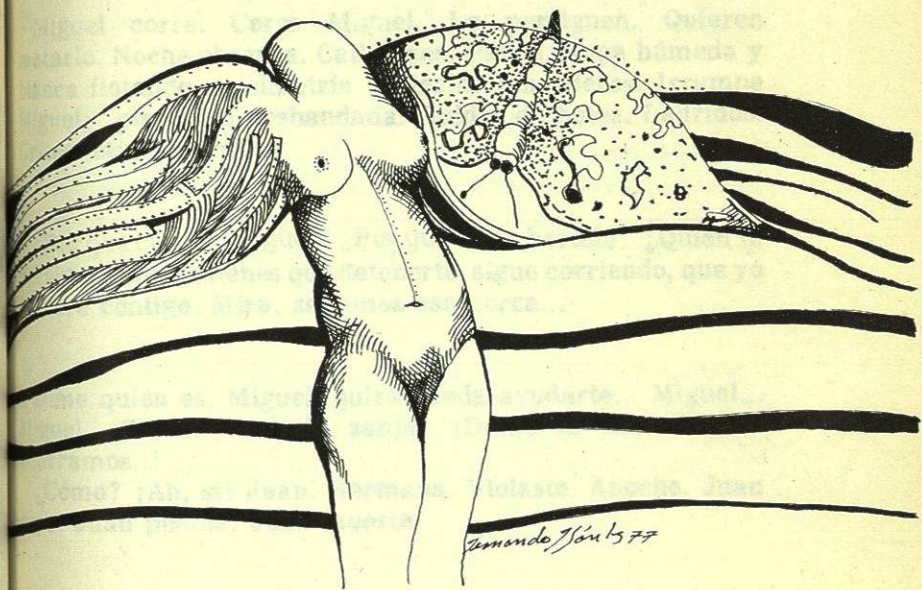
Darián entró rápidamente en la casa y abrazó a su mujer: ¡Ningún muerto, vieja! ¡Si sólo 'toy mojado' ¿No ves?

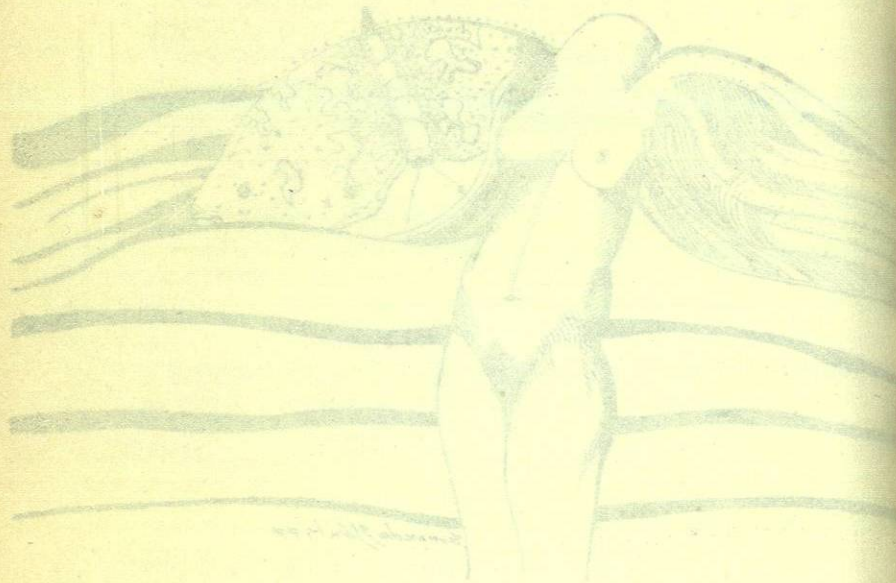
Pero la mujer siguió llorando. Ante el desconcierto de Darián, dos de los hombres se acercaron a la señora y se ofrecieron a traer el cadáver. La mujer volvió a soltar un quejido.

Entonces el viejo comprendió que ella lloraba por el que se había quedado en la plaza, electrocutado entre las ramas del árbol. Y supo que la muerte había triunfado.

Lentamente abandonó la casa y se fue con las sombras, que ya lo esperaban...

Miguel





Miguel

(Aquí todos te quieren)

Miguel corre. Corre Miguel. Lo persiguen. Quieren matarlo. Noche oscura. Callejones. Patios. Ropa húmeda y blanca flotando en simetría perfecta: tendedores. Irrumpe Miguel: piezas en desbandada. Ruidos de botes. Ladridos. Gritos. Miguel corre.

¿Por qué corres, Miguel? ¿Por qué tanto barullo? ¿Quién te persigue? No, no tienes que detenerte, sigue corriendo, que yo correré contigo. Mira, saltemos esa cerca...

Dime quién es, Miguel, quizá pueda ayudarte... Miguel... Miguel... ¡Cuidado con la zanja! ¡Dame la mano! ¡Uf! ¡Corramos...!

¿Cómo? ¡Ah, sí! Juan. Hermana. Violaste. Anoche. Juan supo. Juan pistola. Juan muerte.

Así es la vida. Este barrio tranquilo donde gota a gota derramaste tu niñez. Donde tus papalotes asaltaban las torres de la iglesia. Donde los "cuetes" iluminaron tu espíritu de diciembre. ¡Ah, recuerdos! Y de pronto una niña desnutrida te arrastra al precipicio del deseo y la muerte. ¿Pues qué, no corres ahora por tu vida? No para alcanzarla, sino para conservarla.

¿Te sientes perdido porque nadie te da refugio? Después de lo que hiciste, ¿Crees que alguien se arriesgaría?

Ah, Miguel, ¿no te digo? La vida tiene sorpresas. Tenías un buen futuro y de pronto, un parpadeo y todo se termina. ¿Te das cuenta?

Hemos llegado a la plaza. ¿Te acuerdas? Jugando en la pileta. Salpicando a la gente. El señor cura alarmado: "Demonios infantiles. Desatados. Violentos." ¿Te acuerdas?

Mira, Juan se ha detenido. Está allí, bajo la lámpara. La luz le ha echado los brazos al cuello. Está tranquilo. ¿Y qué me dices del barrio? ¿No es el mismo de siempre? Por un momento te pareció extraño, con un cierto sabor a tragedia... pero te equivocaste Miguel, aquí todos te quieren. Mira cómo la gente ya se acerca.

Vienen a verte. Todos están aquí contigo. ¿No te da gusto? ¡Eh! ¡Se están hincando! ¡Miguel! ¡Es maravilloso! ¡Te aman, te aman! ¡Tu pueblo está contigo! ¡Están cantando! ¡Te están cantando! ¿Puedes oírlos? ¿Puedes oírlos?

¡Pero... pero... ¿Por qué esperaron a que estuvieras muerto...?!

No me Preguntes que Pasó

Salí de mi trabajo y me dirigí a casa como siempre, todo el día me estuve quejando de mi suerte.

Llegar a mi miserable cuarto me produjo náuseas. Decidí bañarme y cambiarme de ropa.

Salí a la calle, eran las 6:40....me dirigí al barrio rico, la orgullosa colonia Roma.

Anduve caminando por el parque y luego, sin saber por qué me metí en una casa.

Con la mayor naturalidad abrí la puerta, me introduje en la casa. Atrás de un sofá descubrí a un hombre en pantalones, profundamente dormido.

Arrojé mi camisa sobre otro sofá y me fuí a la cocina.

Abrí el refrigerador y llené un vaso de leche, tomé un pedazo de pastel y camine por la casa.

No había nadie, solo aquel tipo dormido. Entre sorbo y sorbo, estuve observándolo. No se me hacía conocido.

Tarareando una melodía me acerqué al televisor, lo encendí y me dejé caer en el sofá más cercano. Me había terminado la leche y fuí por más.

Tomé el pastel que quedaba y un litro de leche, y me vine otra vez al sofá.

Estaba presenciando la lucha entre el ayispón verde y unos maleantes cuando se abrió la puerta. Entraron dos muchachas.

Una de ellas me preguntó muy natural:

- ¡Hola! no ha venido mamá?
- Yo también le contesté muy natural:
- Aún no, pero no ha de tardar.
- Miró a su amiga y le dijo:
- Mira, te presento a un amigo de la casa, se llama Harrison. Me llamó Harrison y no me sorprendí. Todo lo contrario me gustó; su amiga se me acercó, estreché su mano y alcancé a escuchar un entusiasta aunque nervioso saludo.
- ¡Hola, yo soy Hilda! vivo a dos puertas de aquí, a ver cuándo vas; los amigos de Betty son míos también!
- gracias, ya iré por allí,
- Betty me preguntó,
- te vas a quedar?
- sí, creo que sí!
- entonces le dices por favor a mamá que me voy a quedar en casa de Hilda, sí?
- o'quey.

Las muchachas salen y me quedo solo otra vez. Son las 8:10 llega una señora, doña Ema Tófaga.

- hola, Harrison, cómo está tu mamá?
- bien, señora, le manda saludos,
- gracias, Harrison, ya cenaste?
- aún no señora,
- te prepararé algo, ya vino Betty?
- sí, dijo que se quedaría en casa de Hilda.
- Llega un muchacho, Aldo.
- ¡hola!

Avienta un sueter y se dirige a la cocina, los oigo hablar, después se hace el silencio. Luego todo se nubla. Me voy corriendo, en mi mano llevo un bolso de mujer; gritos de una

dama y un policía que me siguen; al querer atravesar la calle un ruido me detiene, pavimento aderezado con hule quemado, un auto se me viene encima, ha frenado pero sigue patinando; lo veo venir y me quedo estático. Cierro los ojos y siento el golpe. No siento dolor pero sí miedo, por qué?. El impacto me arroja a varios metros. Oigo la voz del policía que dice:

- ¡no te hagas! ¡levántate!
- Comienza a moverme y a gritar:
- ¡levántate desgraciado! ¡no te hagas pen.....!
- Despierto, doña Ema me sonrío y me dice:
- anda, ve a cenar para que te acuestes, ya te dejé servido; si despierta mi marido le dice que fui a quedarme con Bertha. Adiós.

Apenas se cierra la puerta me voy a la cocina. Spaggethi, crema y café humean aún. Falso: la crema no humea.

Entra Aldo con elegante smoking y un vaso de leche en la mano.

- Y mamá?
- Ya se fué.
- bueno, voy al baile de la Prepa, no vuelvo hasta mañana, "ay" le dices; nos vemos.

Apenas termino, me voy a plantar frente al televisor otra vez.

Despierta don Anselmo, el tipo que dormía tras del sofá; después de estirarse y bostezar me dice:

- y los demás?
- todos salieron.

Vuelve a bostezar,

- Voy al baño.
- Lo veo alejarse y me pregunto, ¿dónde diablos he conocido

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Voto. 2625 MONTEPULCEN, MICHUO

Adán de Nuevo

Adán llegó a su casa. Abrió la puerta y penetró. Estaba muy extraño. Los vecinos que lo saludaron no recibieron contestación. No era el muchacho alegre de todos los días.

Hubo algunos murmullos de sorpresa. Conjeturas. Una vecina comentó: "se enojaría con la novia".

Adán sentado en la cama, llorando. Repasó detalle a detalle lo que había ocurrido. No recordaba haber experimentado una sensación igual. No encontraba una respuesta, una señal que le pudiera explicar el significado de aquello.

Volvió a llorar. Recordó como empezó todo. Cómo, a pesar de que le dolía, siguió averiguando. Su curiosidad se había despertado.

Y siguió allí, estático, inmóvil, observando, alerta, escuchando, proveyendo su curiosidad, rendida al influjo del descubrimiento.

Y después, cuando comprendió todo, cayó al vacío de su existencia.

Rota la tabla que lo asía a la realidad, se desencadenó la

gran lucha, la suprema pugna. La eterna batalla. Sin cuartel.
La confrontación más importante de la Historia.

A pesar de no haberse preparado a conciencia, pues todo
había sucedido de improviso, pensaba en ganar.

Apoyándose en su gran fuerza de voluntad y en su excelente
estado de salud, brincaría las etapas del tiempo y del espacio
con tal de vencer.

Era una lucha cruel, demasiado brutal, pero esencial para
su evolución. Esto lo animaba a continuar, a no desfallecer.

Examinó los acontecimientos con sumo cuidado y por fin
estiró la mano.

Conocía las consecuencias de la decisión que acababa de
tomar.

Y mordió. Y Eva sonrió.

Mordió porque no concebía otra Historia, no podía. Era
imposible para él.

Y entonces, la voz le gritó: "¡Insensato! ¡Has fallado otra
vez! ¡Siga pues la Historia su curso! ¡No has sido capaz de
salvar tu mundo! ¡Ese mundo que yo forjé para ti! ¡Vete, ya
sabes tu castigo! ¡Pero esta vez Eva no irá contigo! ¡Vivirás
sólo, si es que puedes!"

Y Adán partió. Caminó leguas y más leguas sin descansar,
hasta encontrarse en su casa, en su tiempo.

"Ha de haberse enojado con la novia" comentó alguien. Ya
festejaban todos, cuando sonó el disparo que los paralizó y se
quedaron colgados de la mueca.

Ultimo Sueño

Ada miraba el mar. Las olas iban y venían tranquilas. Ada
sentado en la playa. Ada en traje de baño.

Con la mirada perdida en esas aguas que se mueven como si
fuera un ritual y que por lo mismo hipnotizan.

El cielo limpio como espejo donde otro Ada, otro mar y otra
playa se reproducían, multiplicándose hasta el infinito.

De pronto, entre el murmullo marino y la red de sus pen-
samientos, penetra un grito. Ada vuelve el rostro y ve, a lo
lejos, una mujer y un niño.

Lo saludan agitando las manos, como rascando el vientre
del viento, ése que entre los dedos les lleva el pelo.

Una mujer y un niño en la distancia, como espejismo de la
soledad, del hastío. Saludando, arqueando el brazo, como
dibujando en el espacio la invitación.

Y Ada se levanta sobre sus pensamientos como un resorte,
con la mirada rediviva.

Corren a encontrarse. La playa es grande, alargada como
avenida, pero sin semáforos. El mar parece festejar.
Ada no distingue las facciones, pero sabe que son ellos, su
familia.

Pero aunque corre con entusiasmo, y los ve hacer lo mismo,
le parece que se aleja, como si cada paso adelante lo llevara
hacia atrás.